

# Vida Nacional

Enero — 10 Febrero

## Historia esquemática de una revolución

Ha caído el régimen dictatorial del General Marcos Pérez Jiménez. No se trata de un golpe de estado. Fué una lenta, laboriosa y, en sus postrimerías, heroica revolución de todo el pueblo venezolano. SIC con la brevedad y concisión, propias de esta crónica, quiere dejar constancia, para el presente y el futuro, de las etapas de esa revolución.

### PRE-REVOLUCION.

Como siempre, el primer autor de la revolución fué la propia Dictadura.

Sin contar la enfermedad radical de la magistratura de Pérez Jiménez por la descarada falsificación de las elecciones del año 1952, nosotros veníamos señalando en la medida que se nos toleraba hablar, tres defectos fundamentales del régimen: las atrocidades de la Seguridad Nacional; el descarado robo de los bienes públicos; la creciente inmoralidad. A pesar de la censura, se percibía el hedor de estas inmundicias: se sabía de muertes, torturas y sadismos de la S.N.; nosotros mismos delatábamos en SIC el escándalo de las primas y comisiones, y los banqueros nos decían que se robaba un 35 al 40 por ciento del presupuesto; los escándalos de la Orchila, la trata de blancas, la proliferación de los lupanares y casas nocturnas de placer, negocio mal disimulado de los gobernantes, amenazaban con enervar todas las energías e ideales de un pueblo, sobre todo en el sector juvenil. Sin embargo la Dictadura contaba con un gran aliado: la prosperidad económica del país: el petróleo aumentaba, favorecida su explotación y venta por los sucesos de Suez; y sólo por concepto de concesiones petroleras ingresaron en el Erario Nacional en 1.952, 2.117 millones de Bs. Se hacían importantes obras públicas a fuerza de millones; y con su esplendor y fausto se trataba de ofuscar a expectadores nacionales y extranjeros.

La primera nota de la pre-revolución, con eco intercontinental, fue la Pastoral Obrera, publicada con ocasión del 1º de Mayo, por el Arzobispo de Cara-

cas, Mons. Arias. En ella se delataban los siguientes hechos: había en Venezuela, en grandes sectores populares, un problema de desempleo y hambre; este problema provenía de la injusta distribución de la inmensa riqueza nacional; los obreros no gozaban de libertad sindical. Acababa de ser derrocado en Colombia Rojas Pinilla. Odría cedía el poder en el Perú. Remón, Somoza y Castillo Armas morían asesinados. Estaba reciente el caso Perón. Se explica que Vallenilla Lanz, afanado en encontrar una apariencia jurídica a reelección de Pérez Jiménez, estallara de ira ante la Pastoral. Su actitud favoreció la enorme popularidad alcanzada por el documento del Arzobispo Arias.

Por los meses de junio y julio se percibía en las Universidades un mal reprimido anhelo revolucionario. Hubo presos en la Seguridad Nacional. Se decidió no perder los exámenes de julio y organizarse para el próximo curso.

Nacional e internacionalmente tuvo resonancia excepcional la prisión del Dr. Rafael Caldera, a quien se anunciaba por todas partes como único candidato de la oposición frente al conato de reelección de Pérez Jiménez. Fué recluído en la Seguridad Nacional el 18 de Agosto. Después de la supuesta reelección y proclamación del Dictador, fué liberado en la víspera de Navidad, con orden de salir del país antes del 10 de Enero.

El anuncio del plebiscito y su realización despótica y humillante maduraron la revolución. Se percibía un descontento unánime: los hombres de empresa, los personeros de las petroleras... hasta los militares y el clero se permitían expresar su repudio.

### LA REVOLUCION

La huelga estudiantil. La revolución, propiamente dicha, la rebeldía violenta la iniciaron los universitarios en el mes de Noviembre. Una Junta Patriótica formada con representantes de todos los partidos, daba consignas desde la clandestinidad. Su principal organizador fué el casi desconocido periodista Fabricio Ojeda. Los universitarios de la Central de Caracas, secundados por los de la Universidad Católica Andrés Bello y la Santa María, hicieron una manifestación gigante en la Ciudad Universitaria, cercaron el Congreso de Cardiología, quemaron la efigie

de Pérez Jiménez y chocaron violentamente con la policía en la Plaza Venezuela con armas desiguales y un impresionante saldo de heridos y presos en la Seguridad. La Universidad de Mérida estaba ya en rebeldía. Muy tardíamente se notó algún eco en Maracaibo. Las semanas inmediatas fueron de inquietudes estudiantiles, que se extendieron a muchos Liceos y Colegios de Segunda Enseñanza. Las clases universitarias quedaron prácticamente suspendidas; los colegios y escuelas recibieron vacaciones prematuras el día 7 de Diciembre. Los gubernamentales, y algunos ingenuos, hablaban de explotación de ligerezas infantiles y anhelos de vacación. El juicio entrañaba una enorme injusticia. Vallenilla Lanz trató de desvirtuar la impresión de la huelga universitaria con una dispendiosa campana de firmas y adhesiones para ilusionar al Dictador. Dos detalles interesantes: no se pudieron recoger firmas del clero, como efecto de una consigna, proclamada en la Asamblea Episcopal de Mérida; en cambio un fuerte sector de inmigrantes italianos y algunos portugueses, por imprudente incitación del paruro Filippo Gagliardi, convertido en millonario a la sombra de la Dictadura, ofrecieron sus votos y publicaron manifiestos de adhesión, que muy pronto habrían de perjudicarles gravemente.

**El plebiscito.** El 15 de Diciembre se celebró el descabellado plebiscito ideado por Vallenilla Lanz. El fracaso fué completo. Se concedió el voto a los extranjeros. Varias embajadas, comenzando por la de Estados Unidos, prohibieron a sus colonias participar en la votación. A todos los empleados públicos, sin excluir a los más elevados, se les obligó a presentar al día siguiente la tarjeta roja, en señal de que habían depositado el día anterior la tarjeta azul, favorable a la reelección. El abstencionismo fué impresionante. Se obligó a los secretarios de las mesas electorales a ocupar el día en introducir ellos mismos las tarjetas azules en las urnas. Cuando el Presidente del Consejo Electoral, Dr. Héctor Parra Márquez, leía ante un envilecido Congreso, la cifra de 2.274.790 votos favorables, y declaraba, en consecuencia, proclamado Presidente al General Pérez Jiménez, la nación entera se sintió deprimida y humillada. Si la camarilla curial hizo creer al Dictador en una elección libre y masiva, no ha

podido averiguarse. Sus discursos parecían comprobarlo y ello sería parte de la explicación de una actitud desconcertante y casi paranoica en el mes largo que aún persistió en el Poder.

**El día 1º de Enero.** En la noche del 31 de Diciembre, Pérez Jiménez pronunció un discurso, que colmaba todas las medidas de la fatuidad sobre labor administrativa del año. Con sangre fría fué atrayendo y encarcelando aquella misma noche a un considerable grupo de conspiradores militares, entre los que figuraban el General Hugo Fuentes y el Coronel J. M. Castro León. A las primeras horas de la mañana voló sobre Caracas un avión de propulsión a chorro. Era la señal esperada. A media mañana varios equipos de aviones volaron y amenazaron con el bombardeo. Se había alzado la Aviación de Maracay y pronto se le habían sumado otros cuarteles de la capital aragüeña. Caracas entera estaba pendiente de la radio. En los rostros se reflejaba mucho más la esperanza que el temor. Volvieron los aviones lanzaron algunas bombas. (Muy rara estalló.) Estaban sin espoleta. Los cuarteles de Caracas, comprometidos en la rebelión no se movieron por carecer también de armas. Otro tanto sucedía en la Marina. El Dictador había tomado sus medidas. Se fué apagando en las horas de la tarde el temor y la esperanza. El Gobierno cantaba victoria y anunciaba el avance de cuatro columnas hacia Maracay. Una de ellas era el motoblindado del Cuartel Urdeneta de Caracas de gloriosa historia. Cuando tuvo municiones partió camino de Los Teques hacia Maracay. A las órdenes del Comandante Hugo Enrique Trejo y el Mayor Edgard Trujillo Echeverría se declaró en rebelión. Dudan por un momento tornar a Caracas y tomar a Miraflores. Pero se decide seguir a Los Teques, apoderarse de la ciudad y de la radio y sumarse al alzamiento. Así lo realizó Trujillo Echeverría, mientras Trejo se dirigía a Maracay.

Pero en Maracay se habían transformado las cosas. La aviación, al verse sin armas adecuadas y sin respaldo, había cedido, dirigiéndose a la 1,30 a. m. a Colombia la flor y nata de su oficialidad. Los últimos en rendirse fueron los oficiales del Cuartel Páez. Lo hicieron también los bravos soldados del Mayor Trujillo Echeverría en Los Teques medio día más tarde.

La revolución de los intelectuales. Se equivocaba Pérez Jiménez al juzgar ultimada la revolución. El gesto de los aviadores exaltó a toda Caracas. Su fracaso no intimidó a los esforzados. Los periódicos hubieron de publicar a la fuerza notas editoriales, redactadas en el Ministerio del Interior. Varios periodistas fueron presos; otros hubieron de asilarse en Embajadas.

Los más ilustres profesores de la Universidad Central fueron presentando la dimisión y, en consecuencia, fueron encarcelados por la Seguridad. Inmediatamente se inicia la recolección de firmas y la preparación de los Manifiestos de los Intelectuales, Colegio de Ingenieros, Colegio Médico, Grupo de Abogados, Frente Obrero... que habían de aparecer una semana más tarde. La revolución de los intelectuales fué escala decisiva en el paso hacia la victoria.

La Revolución de la Marina. Nueva acción, esta vez de las Fuerzas Navales. El General Rómulo Fernández, a la cabeza del Estado Mayor, acepta el 10 de Enero las condiciones de la marina y exige al Dictador la exclusión de Vallenilla Lanz, Pedro Estrada y Rafael Pinzón. El día 11 se conoce el nuevo Gobierno. El Dictador comienza a aplicar su táctica de replegarse para atacar a traición. En el nuevo Gabinete aparecen algunos hombres honorables, como el Dr. José Giacopini Zárraga y Carlos Felice Cardot. Causa impresión desagradable la designación de un General, Néstor Prato, para el Ministerio de Educación y del Dr. Héctor Parra Márquez para Justicia. Los oficiales se muestran descontentos. Se desea la dimisión del propio Presidente. Al exigírselo, al parecer, Rómulo Fernández, es apresado y enviado al Exterior. En los días inmediatos son destituidos sucesivamente el General Virgilio Vivas, de la Gobernación del Zulia; el Ministro de Comunicaciones, Guerrero Rosales; el Gobernador de Caracas, Oscar Gherzi Gómez, para ser reemplazado nuevamente por el Comandante (r) Guillermo Pacanins.

La revolución del pueblo. El golpe decisivo lo había de dar el bravo pueblo de Caracas, rubricando su decisión con sangre gloriosa. La policía de Caracas y la Seguridad Nacional no conoció paz desde el primero de Enero. El pueblo hacía manifestaciones múltiples cada atardecer y jugaba materialmen-

te con la policía. Las cárceles estaban atestadas de detenidos. Desertaban decenas de policías.

Por fin, el Frente Patriótico dió la orden de huelga general para el martes 21 de enero. Había llegado la hora de la revolución del pueblo. No cabe en estas paginas la descripción de lo que sucedió en el Centro y los suburbios de Caracas en los días 21 y 22. A media mañana se había impuesto totalmente la huelga. Los empleados oficiales, forzados a trabajar, retornaban en cualquier forma a los hogares ante el intenso tiroteo entre huelguistas y policía. A las doce del mediodía se rompió el silencio sepulcral con las cornetas de los autos y el toque de las campanas. De La Charneca, encima de San Agustín, avanzaba el pueblo hacia la Seguridad Nacional. Batallas campales se libraban en los Magallanes, en Catia, Lomas de Urdaneta, Callejón Pelayo, El Retiro, Quebrada Caravallo y el Dos de Diciembre. Los policías tenían orden de tirar a matar. En erecto cayeron decenas de muertos, pero el pueblo avanzaba. Quemaba los autobuses que habían saído a trabajar. Por la tarde fueron las turbas reuradas a los barrios. Allí continuó una lucha heroica la noche del 21 y el íntegro día 22.

Pero a las cinco de la tarde del martes 22 se había formado ya en la Academia Militar, bajo la Presidencia del Contraalmirante Wolfgang Larrazabal, la Junta Militar, que había de dar el golpe definitivo a la Dictadura. Se había alzado nuevamente la Marina y la secundaban casi todos los cuarteles y la Academia. Larrazabal, a quien acompañaban inicialmente los Coroneles: Roberto Casanova, Abel Romero Villate, Carlos Luis Araque y José Quevedo intimó la rendición al Presidente. Pérez Jiménez los invitó a parlamentar en Miraflores. Ellos lo contrainvitaron a la Academia. En vez de hacerlo destacó el Presidente cincuenta soldados a las órdenes del Teniente Camacho, para reducirlos. Camacho avanzó, a pesar de la conminación de detenerse; cuando apuntó con su ametralladora, cayó muerto de un balazo.

A las once de la noche anunció el Dictador a la Junta Militar que dentro de breves instantes se ausentaba del país. Se ignora su itinerario de última hora. Se dice que trató de bajar a La Guaira, a montar en el yate de un amigo. Retrocedió al ver la Autopista, tomada por la Infantería de Marina. Se

afirma que en momentos de frenesí mandó bombardear desde Miraflores los cuarteles de Caracas y volar el puente y el túnel de la Autopista. Lo cierto es que a la una de la mañana pasó veloz, camino del aeropuerto de La Carlota y a las tres y cinco minutos volaba sobre Caracas, vía Santo Domingo. Algunas ametralladoras disparaban contra el avión.

Así feneció la dictadura policiaca del General Marcos Pérez Jiménez.

**Jubiloso amanecer del 23 de Enero.** Desde las dos de la mañana el pueblo entero de Caracas se echó a la calle. Aleluyas, abrazos, gritos: Viva la Libertad... el clero... Venezuela... el Ejército... el Contraalmirante Larrazabal. A las cuatro y cinco se cantaba estentóreamente en la Plaza Bolívar el Himno Nacional "Gloria al bravo pueblo, que el yugo lanzó...". Algún sacerdote fué paseado en hombros. Sonaban las campanas. Una locura colectiva, que en el primer momento sólo respiraba generosidad y alegría, se había posesionado de la ciudad. Los principales presos políticos de la Seguridad quedaron libres al amanecer.

En horas posteriores de la mañana el oleaje humano de la capital se dirigió hacia el odiado Cuartel de la Seguridad Nacional. Los guardias, que temían justamente por su vida, se resistían a balazos certeros. Hubo de intervenir en 11 horas de combate la fuerza blindada del Ejército para reducirlos. Unos pocos fueron linchados. Otros, difícilmente protegidos contra la ira popular, fueron apresados. El cuartel fué incendiado. En varias semanas por toda la nación se ha re-

gistrado una auténtica caza de los esbirros de Pedro Estrada. Lentamente se va descubriendo en la prensa su negra historia. Su lugarteniente, el negro Miguel Sanz parece haber logrado asilo en una Embajada.

El pueblo pidió también ante el Cuartel de la Policía la cabeza de los que habían perpetrado la matanza del 21 y 22. Al ser disuelta la manifestación fueron saqueadas las mansiones lujosísimas de Pérez Jiménez, Vallenilla Lanz, Pedro Estrada, Comandante Pacanins, Pinzón y otros destacados personeros del régimen. La turba incendió un número considerable de dancings, cabarets y casas de placer, que se suponían propiedad de los políticos derrocados. Hubo también manifestaciones xenófobas, contra italianos y portugueses, mucho menos importante de lo que se ha escrito en cierta prensa del exterior.

Para próxima crónica reservamos la historia de la reorganización de la Junta de Gobierno; el nuevo Ministerio; los nombramientos de Gobernadores y altos funcionarios administrativos y judiciales.

Los políticos han retornado del exilio o de las cárceles. Todos proclaman unánimemente una política de Unidad Nacional. Se percibe en sus declaraciones una madurez, que faltaba a la muerte de Gómez, y un latente temor a una nueva Dictadura.

Al cerrar estas páginas se han registrado ya las apoteósicas recepciones de Jovito Villalba y Rafael Caldera. Y se prepara la de Rómulo Betancourt. Todos se muestran en sus declaraciones, madurados por el dolor y la experiencia.

